

Elvira Concheiro Bórquez

Política de la gran burguesía en México frente a la crisis*

I.
La larga década transcurrida desde los primeros acontecimientos que dejaron ver a la burguesía mexicana como un sujeto actuante y decisivo de nuestra sociedad, así como, en particular, la intensa actividad desarrollada por la cúpula empresarial en los últimos meses, actividad que hemos podido ver detrás de una campaña de prensa muy bien concertada en momentos en que el país vive una situación peculiarmente difícil, nos ofrecen material suficiente para sortear muchas de las dificultades con que se enfrentaba antes cualquier estudio sobre esta clase.

Tradicionalmente en México, la clase dominante había depositado en la burocracia estatal su conciencia histórica, su iniciativa política, su discurso ideológico; lo que, entre otras cosas, le dio un papel muy importante al Estado en la economía, mientras a la burguesía le vedó el campo de la política. Todo ello como efecto de un peculiar y concreto resultado histórico de las grandes contiendas ocurridas en México; y también como la más eficaz forma encontrada entonces para ejercer aquí el dominio burgués.

Esta es una burguesía que hizo grandísimas concesiones políticas e ideológicas —en lo que a la política y a la ideología del Estado se refiere— a cambio de una situación económica privilegiada que le permitió obtener inmensas ganancias sin que esto provocara conmociones sociales.

Pero al sobrevenir las primeras adversidades serias, fundamentalmente debido a la crisis económica, la situación cambió bruscamente. La gran burguesía ve ahora la necesidad de intervenir directamente en campos en los que antes no lo hacía, despliega un programa político; exige el repliegue estatal del ámbito económico; desarrolla una gran empresa ideológica. Exige una nueva forma de gobernar y no acepta más su subordinación política a la burocracia estatal.

En el análisis de esta nueva situación, no es posible seguir conceptualizando a la burguesía mexicana sólo



como personificación de un determinado poder económico, ni como un ente abstracto que, oculto tras el poder político, lo maneja maléficamente a su capricho y voluntad. Es necesario abrir la problemática hacia su espectro social y político más amplio, eludiendo toda simplificación fácil, saliendo de los esquemas, que por estériles, nos dejan en el mismo punto de partida y sin respuestas frente a los complejos fenómenos que transcurren ante nosotros.

En esta perspectiva, la clase dominante deja de ser una mera y mal entendida encarnación de determinadas categorías económicas que automáticamente le dan un preestablecido papel social y político, para aparecer en "carne y hueso", con una gran diferenciación a su interior, con historias propias, ideas, prejuicios, creencias y convicciones que cambian, que han cambiado marcando siempre a nuestra sociedad; que además de sus empresas, tiene escuelas, museos, medios de comunicación masiva, centros de recreación, publicaciones, sociedades de beneficencia, y que, por tanto, es bastante más que las siglas CONCA-

MIN, CONCANACO o COPARMEX, pues se organiza y actúa en muy diversos niveles. Es decir, una clase que desde la fábrica logra introducirse en cabezas y hogares, pero que tiene muchas más formas de desplegar su dominio ideológico y cultural.

Aparece, pues, una clase que tiene nombres y apellidos, familias y tradiciones, montos precisos de capital y que pelea entre ella misma o, de lo contrario, sucumbe en la silenciosa guerra por el acrecentamiento y concentración de la riqueza. Una clase que, pese a que el poder político expresa el dominio de los capitalistas en la sociedad, el hecho de que en la burocracia política haya residido la capacidad de configurar una visión histórica y nacional del capitalismo mexicano, a la cual la burguesía nunca arribó, le hace mantener con frecuencia —y ahora explícitamente— desacuerdos e incomprendiones con la función y los actos de los grupos gubernamentales.

En más de un sentido, es cierto que abordar los efectos de la crisis sobre los capitalistas y su actitud ante ella, es simultáneamente analizar la crisis misma, sus causas, manifestaciones, sus perspectivas, pues es la clase dominante, sin duda alguna, un actor principalísimo de este drama que vive México.

Sin embargo, en este trabajo nos limitaremos a apuntar sintéticamente algunas ideas en relación con sólo dos aspectos de tan amplia problemática. Uno de ellos, el referido a los más evidentes cambios operados en el seno de esta clase —y específicamente en su cúpula— a causa de las transformaciones que ha implicado la crisis. El otro, sobre la visión que de este proceso difunden los capitalistas y que se sustenta —de ahí su importancia— en un incipiente proyecto propio tanto económico como político para el país.

II.

En los años 70's el proceso de monopolización capitalista que se sustentó

* Ponencia presentada en el Simposium Internacional "Crisis y deuda externa. Los puntos de vista de México y Estados Unidos" FCPYS, UNAM. Mayo 19-23 de 1988.

en las transformaciones estructurales realizadas en décadas anteriores tuvo un impulso sin precedentes a partir del proceso de depuración de capitales, producto de la crisis, de las nuevas funciones que adquirió la banca, y de la enorme inyección de recursos provenientes del "boom" petrolero en los años que siguieron a 1978.

Esto implicó de inmediato la reorganización y el desarrollo de los grupos económicos más poderosos, fundamentalmente a través de la modificación de sus formas de operación con la creación de las empresas tenedoras de acciones (*holdings*) y el tránsito de los bancos a la banca múltiple.

De esta forma, los grupos financieros que habían visto crecer vertiginosamente sus recursos y su poder de control, adoptan frente a la agudización de la crisis en 1982, la *especulación* como la vía más fácil y directa de enriquecimiento y como forma de expresar su oposición a la política económica gubernamental a la que ellos acusan de provocar "desconfianza"; ridículo argumento que justificó la más escandalosa fuga de capitales que haya conocido México.

En este marco, el gobierno de López Portillo se ve ante la necesidad de nacionalizar la banca y establecer el control de cambios.

Con dichas acciones gubernamentales, la gran burguesía vio de momento modificada su situación privilegiada y su poder económico. En primer lugar, dejó de contar con el poderoso centro de coordinación y operación que eran los bancos. En segundo término, vio afectado en forma directa su patrimonio, principalmente por la indefinición en que quedó en el decreto nacionalizador —temporalmente— el destino que tendrían las numerosas empresas que poseía la banca privada, y por último, esta burguesía perdió uno de sus mecanismos más importantes de relación con el capital extranjero, que era el fideicomiso, a través del cual la banca medió siempre en los procesos de supuesta "mexicanización" de las empresas transnacionales.

En lo que va del curso del sexenio de MMH, a través de un proceso que

con justicia se ha denominado "desnacionalización parcial" de la banca, se ha ido reconstruyendo el poder económico de la burguesía financiera, principalmente con la creación de grupos no bancarios que en poco tiempo han reconstituido un verdadero circuito financiero paralelo, con la intención de limitar la banca estatal al simple papel de intermediario del crédito, y con la venta —a cambio de los bonos de indemnización ya incrementados con cuantiosos intereses— de la mayor parte de los activos no bancarios que estuvieron en poder de los bancos.

Así mismo, a partir de la nacionalización se observa un impulso aún mayor a las sociedades tenedoras y controladoras de acciones (*holdings*). Ello se debe a que los capitalistas financieros, al carecer de los bancos, fortalecen y desarrollan otros instrumentos de captación de recursos y centralización del mando sobre el uso y función del capital, además de la ya conocida utilización de las casas de bolsa y otras instituciones que les permite captar recursos para su manejo.

Las transformaciones que en este periodo ha vivido la clase de los capitalistas tienen como punto de partida el carácter mismo de la crisis, dado que ésta ha implicado la recomposición del capital sobre nuevas bases y con ello, la reformulación de las características del dominio capitalista.

En este proceso de reformulación, la gran burguesía (es decir, aquella de mayor poder económico) ha adquirido una mayor fuerza —aun con reveses de tal importancia como el que significó la nacionalización bancaria y el control cambiario— que le permite incidir de manera más franca en la conducción de los procesos económicos y sociales del país, y en la reorientación de las funciones del Estado, buscando limitar severamente la intervención de éste en la economía.

Sin embargo, lo que en este proceso representa una verdadera peculiaridad, es el hecho de que *la gran burguesía se ha ido unificando alrededor de una visión que destaca la necesidad de modificar los términos de las alianzas de clase que ha expresado*

históricamente el Estado mexicano, lo cual exige, a su entender, de la abierta y directa intervención política de los empresarios en contraste con lo que tradicionalmente ocurría.

Planteamiento a partir del cual hemos podido observar no sólo su participación franca en la política partidista, sino también la politización de sus mecanismos económicos, tal como ocurrió con la especulación financiera.

III.

Si bien la gran burguesía no ha logrado tener planteamientos propositivos únicos frente a la crisis, ni tampoco realizar acciones eficaces que den respuesta a las decisiones gubernamentales que les han afectado directamente, lo cierto es que en aspectos medulares de la situación que enfrenta el país, este sector dominante avanza rápidamente en la unificación y despliegue de su propio proyecto económico y político nacional.

La enorme y eficaz campaña que difunde —su particular visión de las causas y los responsables de la crisis—, resulta ser cada día más el fuerte pilar ideológico que apuntala dicho proyecto.

En esta visión destaca:

1. Los capitalistas no aparecen como sujetos activos que son en los procesos desatados por la crisis, ni en la decisión de las medidas a tomar en ella.

2. Corresponde, por tanto, exclusivamente al gobierno ser tanto el causante de la crisis, como el responsable de su agudización, aunque se reconocen ciertas condiciones internas y externas desfavorables.

3. Dicha responsabilidad radica por una parte, en la orientación gubernamental misma, históricamente marcada por un populismo estatista, el cual es indispensable y urgente abandonar por completo; y por otra, a las características del régimen político mexicano, que —es lo que destacan en relación con esto— da al presidente un inmenso y discrecional poder, como pudo constatar con la nacionalización bancaria.

4. Varios son los elementos que, en la visión de los capitalistas, corroboran

ron lo negativo de tal orientación y, por tanto, la responsabilidad del gobierno en la crisis:

a) En primer lugar, la corrupción y el despilfarro que practican conaturalmente los gobiernos del país —a la que se opone la imagen de la más cristalina honestidad empresarial—, lo que ha significado tanto una mala utilización como una escasez de los recursos necesarios para hacer frente a la recesión.

b) El que el gobierno mantenga un **excesivo** gasto público —que pese a toda medida, siempre les parece y les parecerá excesivo— y el control de los precios.

c) El excesivo tamaño del aparato estatal que para ellos representa una innecesaria e insostenible carga para una sociedad en crisis.

d) La existencia de empresas paraestatales que, además de ser —por definición— administradas ineficaz y corruptamente, atentan contra el sistema de libre empresa.

e) La obstrucción gubernamental —y aquí también pese a las medidas adoptadas por el gobierno de MMH— de las exportaciones, quizá dado el "desaliento" que provoca el control de divisas.

f) La ineficiencia de las medidas adoptadas por el gobierno contra la inflación.

En estos elementos de su visión de la crisis, resalta el hecho de que ahora para la burguesía mexicana, la política y la economía no son separables. Un aspecto condiciona al otro, indistintamente.

De esta forma, todas y cada una de sus exigencias frente a la crisis económica, se sustentan en la fuerza política que los empresarios han empezado a desplegar, e implican, en términos generales, la modificación de aspectos sustanciales del régimen político mexicano.

Así, la pretensión empresarial de que de la crisis resulte una profunda reprivatización de la economía, de que el problema de la deuda externa se aborde sin afectar en lo más mínimo los vínculos estrechos de México con los países imperialistas, de que se mantenga la contención salarial, de que se

liberen totalmente los precios y se quite toda traba al comercio exterior, de que se reduzca aún más el gasto público, va aparejado a la crítica al presidencialismo, a la exigencia de respeto al voto, siempre que favorezca al partido, a la lucha contra la corrupción y el populismo, a la visualización de un proyecto bipartidista.

Bastan dos ejemplos:

1. La lucha por la "desestatización" de la economía, que une a muy diversos sectores de la gran burguesía, y que encuentra hoy importantes coincidencias con el gobierno, no solamente es un esfuerzo por menguar la real o supuesta competencia del **sector público**, sino el medio de dar prioridad a la gran empresa privada y de ver a ésta como el único medio de impulsar la economía. Por ello, la "desestatización" es una forma de hacer depender de la gran empresa privada cualquier plan gubernamental; es, así, una toma de poder.

2. El bipartidismo es concebido como una forma adecuada a una estrecha lucha de dos partidos, ambos influidos directamente por el poder del dinero.

Así, el poder económico tendría una cristalización más directa en el poder político. No se trata, por tanto, del simple afán de imitar el sistema político estadounidense, sino de establecer en México, una forma política que, al igual que en norteamérica, propicie una injerencia más clara y estable de la gran burguesía en el poder público y en la lucha entre partidos.

En fin, esta lucha de la gran burguesía por lograr que de esta crisis salga México como un país desnudamente capitalista y eso se exprese, en forma también más nítida, en el poder político, recordamos las palabras que escribió en su última obra el profesor René Zavaleta:

"Es razonable concebir la crisis como un instante anómalo en la vida de una sociedad y eso querría decir una hora en que las cosas no se presentan como son en lo cotidiano y se presentan en cambio como son en verdad".